HARLEQUIN™

Bianca™



Amante en Dublín

Abby Green

Amante en Dublín

Abby Green



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Abby Green. Todos los derechos reservados.
AMANTE EN DUBLÍN, Nº 1778 - mayo 2010
Título original: The Brazilian's Blackmail Bargain
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8459-4
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Londres, noviembre

Maggie Holland se quedó de pie justo al otro lado de la puerta giratoria. La oscuridad de la tarde de noviembre resaltaba el brillo de la luces del lujoso hotel londinense. Tenía el corazón en un puño, le temblaban las piernas y las manos, sudorosas, lo mismo que la espalda. Le dolía la cabeza justo en los puntos donde las horquillas sujetaban la masa de rizos. Con una mano visiblemente temblorosa, empujó la puerta pero no fue capaz de entrar dentro de su giro. El frío viento le golpeó las piernas desnudas pero no pudo sacarla del estupor en que se encontraba.

Una pareja salió de un taxi justo detrás de ella y en un frenesí de porteros, equipajes y alemán en medio de la helada brisa, supo que tenía que entrar al recibidor que estaba justo detrás del cristal o apartarse y dejar pasar.

La realidad la sacó de su estupor. Respiró y se movió lo justo para poder entrar en la puerta giratoria y llegar hasta el interior.

Lo vio en cuanto estuvo dentro. Estaba de pie mirando en otra dirección, hablando con alguien, así que no pudo apreciar su llegada, lo que ella agradeció. Una oportunidad, aunque ínfima, de controlar sus nervios. Y una ocasión para observarlo un momento.

Estaba de pie con las manos en los bolsillos, haciendo que la tela de sus pantalones sastre se ciñera a

su parte trasera mostrando un físico más propio de un atleta que de un magnate multimillonario. Un magnate que tenía la terrible reputación de ser uno de los más poderosos e innovadores en Europa.

Caleb Cameron había empezado a existir para ella sólo dos semanas antes cuando lo había conocido en casa de su padrastro. Había sido uno de los escogidos magnates que se habían reunido con el marido de su madre en las últimas dos semanas. Y al haber estado ella allí para echar una mano a su madre atendiendo a los invitados, los sueños de Maggie se habían llenado rápidamente con aquel hombre tan dinámico. Todavía no podía creer que estuviera interesado en ella, aunque la prueba era que tenían una cita. Una cita en la que había un fin oculto.

Maggie tragó con dificultad. No podía escapar a lo que tenía que hacer. Lo sabía con terrible fatalidad. Pero... ¿podría él descubrirlo en un segundo? Casi tuvo la esperanza de que sí. Era un hombre muy inteligente. Quería darse la vuelta y salir por la puerta, pero no podía. Si lo hacía las consecuencias afectarían a su ser más querido. No tenía elección.

–Maggie.

Abrió los ojos de par en par. ¿Cómo no lo había oído acercarse? Trató de calmarse enderezando la espalda.

–Caleb, siento haberte hecho esperar.

La miró de arriba abajo, dejándola sin respiración.

–Unos pocos minutos son una sorpresa agradable. He esperado más otras veces.

De alguna manera Maggie supo que mentía. Ninguna mujer hubiera hecho esperar a ese hombre. Sus penetrantes ojos azules la mantenían atrapada. No podía apartar la vista y esa conocida sensación como de no tener esqueleto no se le pasaba. Ése era el efecto que tenía sobre ella desde que lo había visto por primera vez. Cuando todavía no tenía ni idea del papel que tendría que interpretar en el maquiavélico plan de su padrastro. Cuando no había

visto en Caleb otra cosa que un hombre, no alguien a quien traicionar, arruinar... robar su riqueza. Y... seducir.

Al mirarlo sentía nublarse su mente. Incluso durante un segundo se engañó a sí misma pensando que todo lo que había alrededor no existía. A lo mejor aquello sólo era la sencilla cita que él le había pedido, sin ningún otro interés. Eso la hacía respirar con una peligrosa excitación. Después de esa noche no volvería a verlo y eso la hacía sentirse vacía.

Un destello helado brilló en los ojos de Caleb durante un segundo, pero rápidamente lo reemplazó la dulzura.

–¿Vamos? La mesa está ya preparada...

A Maggie se le cayó el corazón a los pies. Ése era el punto de no retorno.

–Bien.

Atravesó el recibidor delante de él en dirección a una puerta del fondo. Se sentía como si caminara hacia la guillotina. Entonces notó en el bolsillo la pesada llave de la habitación. La llave de la habitación que había reservado su padrastro. Sintió una náusea. El escenario donde tendría que seducirlo. Incluso tendría a uno de sus hombres vigilando todo el proceso... para asegurarse de que ninguno de los dos se marchaba demasiado pronto. Antes de que el daño estuviera hecho. ¿Cómo podría hacer algo así?

En la puerta del comedor sintió los dedos de Caleb en el brazo. Se volvió al ser consciente del escaso retal de encaje que llevaba puesto. No quería llegar al inevitable momento de quitarse el abrigo. Sintió pánico. No podía hacerlo... no podía mirar. No pudo soportar la reacción de Caleb cuando vio el vestido.

Llevaba una combinación. Eso era todo. Había visto bailarinas con más ropa. No le quedaba bien con su pálida piel. Llevaba el abundante pelo rojo recogido

haciendo que se muriera de ganas de soltárselo. Sentía una ardiente corriente recorrer sus venas y se dio cuenta de que, incluso con el vestido más barato, ella tenía el poder de encender un poderoso deseo en su interior. Se burló de sí mismo. Por un instante, antes de haber descubierto quién era ella o qué estaba ocurriendo, había pensado... Trató de evitar que sus pensamientos siguieran en esa dirección. Pero su mente no lo obedeció.

Cuando la conoció, ella había tocado algo profundamente oculto y desconocido que tenía en su interior. Lo había sacado de su cínica inercia habitual. Lo había mirado con una timidez tan dulce... y después había sonreído. Esa sonrisa había hecho patente la corriente de atracción sexual que discurría entre los dos y algo más intangible... pero tan inocentemente femenino, que le había sorprendido. Estaba acostumbrado a que las mujeres le sonrieran, pero con un descaro tan calculado que le enfriaba la sangre.

Apretó los labios mientras la seguía a través del comedor, consciente de las miradas de admiración que suscitaba el seductor balanceo de sus caderas. Y su mirada, como la de los demás, estaba atrapada por el pedazo de encaje y seda casi indecente. Al verla esa noche, con unas intenciones tan evidentes, se preguntó de nuevo cómo podía haber pensado alguna vez que no era exactamente igual que las demás mujeres.

Estaba seguro, con una confianza arrogante, de que ella lo deseaba. Ella había sentido el mismo impacto a primera vista, lo sabía.

No era nada más que una actriz mediocre, pero eso todavía... y odiaba admitirlo, le volvía más loco, le hacía bajar la guardia. Nunca antes había tenido pérdidas de concentración dirigiendo sus empresas desde Londres hasta Tokio. Conocía de ellas hasta el mínimo detalle, su control era legendario e inspiraba miedo entre

sus competidores. Una capacidad de control que no permitiría que ni ella ni su familia debilitara, incluso en ese momento, cuando ellos creían que lo habían conseguido. Los imbéciles.

Se centró en los hechos. Ella estaba allí para llevárselo a la cama, para seducirlo y distraerlo. Era la dulce trampa. Uno de los trucos más viejos del mundo. Si no estaba equivocado, había visto la inconfundible forma de una llave en el bolsillo de su abrigo. ¿Sería la llave de una habitación de ese hotel? Sintió el amargo sabor del desagrado.

Pero los dos podían jugar al mismo juego: él también estaba allí para seducirla. Un pequeño lujo que se iba a permitir. Botín de guerra. Porque aquello era una guerra. Desde que había sentido como un puñetazo en el estómago la primera vez que la había visto y había descubierto lo evidente de su juego, lo descaradamente que se la habían puesto en el punto de mira... había decidido probar lo que le ofrecían.

Llegaron a la mesa. Maggie la rodeó y se colocó frente a él con una mirada de casi... ansiedad en su rostro. Era buena, pensó él. Nunca había visto ese nivel de astucia. Se reafirmó en su fría claridad mental ignorando la presión de su bajo vientre.

Pronto averiguaría ella cómo habían fallado sus maquinaciones. Después se vengaría de su familia. Y entonces se libraría de ese deseo que lo consumía. Cuando acabara la noche ella nunca lo olvidaría ni querría volver a recorrer ese camino.

Capítulo 1

Dublín, seis meses después...

–Sólo tenemos que reunirnos con el señor Murphy y todo habrá terminado.

En la parte trasera del coche, mientras salían del cementerio, Maggie tomó la mano de su madre, preocupada por su palidez.

Su madre respiró hondo.

–Cariño, no creo que pueda soportarlo... en realidad no...

Maggie le apretó la mano mientras los ojos de su madre se llenaban de lágrimas y la boca le temblaba. Se volvió a mirar a su hija.

–No estoy triste... ¿es eso terrible? Es una liberación que haya muerto. Cuando pienso en lo que te he hecho pasar estos años, cómo he podido...

–Shh. Mamá. No pienses en ello ahora. Se acabó. Nunca volverá a hacernos daño a ninguna de las dos. Somos libres.

Le dolía el corazón al ver la desolación en los ojos de su madre, las arrugas en el rostro, el pelo sin vida. Una vez había sido una mujer hermosa, vibrante. La razón por la que Tom Holland la había querido para él después de la prematura muerte de su padre. Había estado patológicamente celoso de su sobrino.

En aquellos días, en Irlanda, una viuda joven sin otra cosa que su casa y una hija pequeña era alguien vulnerable y cuando Tom le había prometido ocuparse

de ella si se casaba con él, había pensado que estaba haciendo lo mejor para ella y su hija. Había sido sólo después de la boda cuando su crueldad se había hecho patente y, en una sociedad conservadora donde el divorcio no estaba permitido, su madre había quedado atrapada. Hasta ese momento.

–Mira, no tienes por qué asistir a la lectura del testamento; es sólo una formalidad rutinaria. El señor Murphy nos conoce lo bastante bien como para no insistir en que estés. Además Tom te lo ha dejado todo. Es lo menos que podía hacer –Maggie no era capaz de ocultar su amargura.

–¿De verdad lo crees así, cariño? Sí sólo pudiera descansar un poco...

–Claro, todo va a ir bien –dijo Maggie tratando de poner algo de entusiasmo en su voz cuando se sentía totalmente vacía.

Poco tiempo después el coche salía de la calle principal de una pequeña localidad cercana a Dublín y traves aba la puerta de una gran casa de campo. Maggie respiró profundamente. La primera visión de la casa a través de los árboles era una forma que nunca fallaba de reconfortar su espíritu. Era la casa de su familia, la de su padre y su madre. Era lo único en lo que su padrastro no había puesto las manos. Un recuerdo de días más felices, de recuerdos que sabía habían ayudado a su madre a superar los peores momentos. Allí se habían mudado su madre y ella seis meses antes después de... Todavía no era capaz de pensar en aquella noche. El dolor era todavía demasiado agudo. A pesar de sus intentos por ignorarla, la horrible humillación seguía viva.

Por suerte su madre le había hecho caso y habían dejado Londres casi de inmediato. Para cuando Tom se había dado cuenta de que su plan no había funcionado, había estado demasiado ocupado con sus negocios como para salir tras ellas. Y por fin había muerto.

Acompañó a su madre hasta su habitación y se marchaba ya cuando ésta la llamó.

–¿Qué pasa, mamá? –Maggie deshizo el camino y se sentó.

Su madre tenía de pronto una mirada brillante y seria.

–Prométeme que nunca hablarás de lo que nos ha pasado... de lo que nos hizo Tom... No podría soportar la vergüenza.

Estaba acostumbrada a los frecuentes ruegos de su madre.

–Claro que no... Sabes que nunca lo he hecho, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Su madre la agarró de la mano con una fuerza sorprendente.

–Prométemelo, Margaret.

–Te lo prometo –le dio un beso en la frente y se marchó.

Era una promesa que no sería difícil cumplir. Maggie bajó las escaleras y oyó el sonido de un coche. El abogado. Se quitó el abrigo, se alisó el pelo y abrió la puerta con una sonrisa cuando sonó el timbre. Siempre le había gustado ese hombre menudo de ojos vivos. A diferencia del resto del personal que pululaba alrededor de Tom Holland, su abogado había sido también el abogado del padre de Maggie. Sonrió al anciano desde la puerta.

–Espero que excuse a mi madre, no se encuentra muy bien.

–Nada serio, espero –dijo volviéndose hacia Maggie.

–No –dijo rápidamente sabiendo que la preocupación era auténtica–. Sólo está cansada, agotada después de los últimos días, pero si necesita que baje...

–En realidad es mejor que no escuche lo que tengo que decir –de pronto evitó la mirada de Maggie. Se le veía incómodo.

Un escalofrío de temor hizo que Maggie se quedara

sin respiración un segundo. Era demasiado bueno para ser cierto que Tom Holland hubiera muerto. Lo sabía.

–¿Qué quiere decir?

–Sentémonos. Me temo que traigo malas noticias.

Fue hasta una silla mientras el abogado se sentaba cerca de una mesa y dejaba encima su maletín. No sacó ningún papel. Maggie intentó mantener la calma a pesar de la sombría cara del anciano.

–¿Qué... qué sucede?

Finalmente él la miró con las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

–Me temo que a tu madre y a ti no os ha dejado nada.

El corazón de Maggie empezó a recuperar el ritmo normal. No era tan malo. Su madre y ella nunca habían recibido mucho de Tom y ella se había mantenido sola desde que había salido de la universidad. Tenía unos ingresos modestos procedentes de sus cuadros.

–Bueno, no es el fin del mundo, Pero... ¿adónde ha ido todo?

Estaban hablando de unos cuanto millones de libras después de todo. El señor Murphy suspiró, odiaba ser quien daba las malas noticias.

–Parece que uno de sus adversarios finalmente consiguió hundirlo por completo. Un magnate de Reino Unido al que tu padrastro intentó controlar hace tiempo ha ido comprando sus reservas, haciéndose con sus empresas, y el día que Tom tuvo el infarto el último de sus negocios se derrumbó... una curiosa coincidencia.

Eso explicaba su ausencia, por qué no las había seguido a casa, exigido que su madre volviera a Londres, castigado. A pesar de las malas noticias, Maggie no pudo evitar sentir un puntito de satisfacción. Le hubiera gustado haber visto la reacción de Tom cuando se dio cuenta.

–Bueno, ya no hay nada que podamos hacer. Al menos tenemos la casa.

Las palabras quedaron flotando en el espacio que había entre ambos mientras el señor Murphy apartaba la mirada culpable y se llevaba la mano al cuello como si le faltara el aire.

–Señor Murphy, tenemos la casa, ¿verdad? Es de mi madre.

El abogado negó con la cabeza lentamente como si no pudiera articular palabra, pero ante la mirada desesperada de Maggie, se aclaró la voz y rompió el silencio.

–Querida... hace casi un año en Londres, tu padrastro persuadió a tu madre de que pusiera la casa a su nombre como garantía. A lo mejor ella no sabía lo que estaba haciendo... Me temo que estaba unida al resto de los activos. Ahora pertenece a...

En ese momento, el sonido de un coche interrumpió sus palabras. Maggie no podía moverse, estaba conmocionada. No podía entender que su madre hubiera hecho algo así, aquella casa era sagrada. La rabia y la incredulidad crecían dentro de ella mientras digería la información.

El señor Murphy miraba por la ventana.

–Es él, el jefe de la corporación. Vino a verme personalmente e insistió en venir hoy a veros a tu madre y a ti. Lo siento, pero no pude disuadirlo.

Cuando sonó el timbre y Maggie ni se movió, el señor Murphy fue hacia la puerta. Estaba entumecida, apenas consciente del sonido de la puerta al abrirse, de los pasos que se acercaban, el profundo timbre de voz de alguien preguntando por algo que había dicho el abogado. Maggie levantó la vista y de pronto el tiempo se detuvo. Se puso de pie despacio, como si se moviera a través de melaza y sus miembros fueran blandos y no la obedecieran.

Caleb Cameron. Más grande que nunca. Su enorme figura llenaba el hueco de la puerta. Movió la cabeza ligeramente y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

Sus ojos capturaron a los de Maggie y ella no pudo apartar la vista. Se movieron fríos sobre ella, desnudándola. El hombre que había vuelto su mundo del revés seis meses antes había vuelto... Aparentemente para volver a darle la vuelta a todo. Maggie intentó con todas sus fuerzas dominar la atracción que sentía en cada célula de su cuerpo como respuesta a su dominante aura.

Incapaz de dejar de mirarlo, víctima de una fascinación morbosa, no se dio cuenta de que el abogado había entrado en la sala precediendo a Caleb y que hacía gestos en dirección a ella.

–Ésta es Margaret Holland. Maggie, éste es Caleb Cameron, la persona que ha absorbido todas las empresas de tu padrastro...

Antes de que pudiera terminar la frase dijo:

–Conozco al señor Cameron, nos conocimos en Londres.

Se sentó en la silla que había detrás de ella porque le temblaban tanto las piernas que pensó que no podría sostenerse en pie y vio cómo Caleb entraba en la sala y se sentaba en la silla que había al lado del señor Murphy.

A pesar del aspecto refinado de su cuerpo vestido con un traje exquisito, seguía rezumando esa salvaje masculinidad que tan bien recordaba ella. La había desconcertado la primera vez que lo había visto y estaba teniendo el mismo efecto en ese momento, sólo que esa vez la experiencia de la explosiva noche que habían pasado juntos le hacía sentirse tres mil veces peor. Y aunque habían pasado meses, podía sentir una oleada de calor subirle desde el pecho mientras incontables imágenes llenaban su cabeza.

Caleb ejercitó su acerado autocontrol mientras la miraba de forma desapasionada. Pero a pesar de sus esfuerzos no podía obviar la embriagadora sensación que